
Sección Bibliográfica

“Recherches Comparatives d’Ordre International”. “Cross - National Research”. *Transactions of the Sixth World Congress of Sociology. Actes du Sixième Congrès Mondial de Sociologie*. International Sociological Association. Association International de Sociologie. Volume 1, 1966, pp. 165-221.

La porción consagrada a la investigación comparativa de carácter internacional, en las Actas del Sexto Congreso Mundial de Sociología, comprende los estudios de Rokkan, Allardt, Eisenstadt y Marsh. Rokkan contribuye con una nota introductoria, Allardt se refiere a las dimensiones básicas que hay que considerar en el estudio comparativo de las estructuras sociales, Eisenstadt pone de relieve la problemática básica del análisis comparativo, cuando se estudian las sociedades globales, y Marsh trata de encontrar medios que logren hacer acumulativas las investigaciones internacionales comparativas.

Stein Rokkan señala que, desde la realización del Primer Congreso Mundial de Sociología, en Zúrich, hace 16 años, se ha gastado mucho en planear y ejecutar investigaciones comparativas internacionales. Trata, con su nota, de reflexionar sobre ciertas experiencias, y de

sugerir perspectivas de mejoramiento y expansión para tales pesquisas.

Nuestra generación sociológica —según Rokkan— se ha visto crucificada entre dos deseos: ...el de llenar las incontables lagunas que existen en el conocimiento de la realidad social de nuestros países, y 2o. el de emplear la valiosa metodología comparativa en empeños más amplios, internacionales. En el caso de Latinoamérica, “los recursos nacionales han sido magros, y el empuje decisivo hacia el establecimiento de servicios regulares de investigación ha venido del exterior, a través de la organización de estudios comparativos internacionales” Esta generalización nos parece excesiva, pues ni en todos los países ni en todos los sectores ha sido la investigación comparativa la iniciadora de los esfuerzos inquisitivos de nuestros estudiosos. No ha sido —tampoco— la que los ha mantenido trabajando. Como que, sin esforzarse mucho, se podrían mencionar instituciones mexicanas y brasileñas donde no se ha dejado de trabajar desde hace treinta años, así haya sido en condiciones de penuria extrema, y así no hayan sido todas sus pesquisas de enorme envergadura. Pero sólo una revisión cuidadosa de lo realizado, podría medir *hasta qué grado* es cierta la afirmación de Rokkan y desde qué punto deja de serlo.

En la mayoría de los países, si no en todos, a pesar de los años transcurridos y del interés que ya existe por la investigación comparativa, las acumulaciones de datos sociológicos se siguen haciendo dentro de las fronteras nacionales y sólo después de hechas se trata de introducir en ellas orden y sistema, de acuerdo con los marcos comparativistas. Hay, en este sentido —sobre todo en el campo politológico—, tres estrategias reconocidas por Rokkan:

- 1a. la de Tingsten-Duverger-Lasswell, que recoge, selecciona y compara estadísticas políticas producidas en el curso mismo de los procesos políticos.
- 2a. la de Lipset, que reúne, evalúa y analiza los datos primarios de investigaciones realizadas en forma independiente.
- 3a. la de Almond Verba que explícitamente *diseña, desde el principio, las comparaciones*, y ejecuta muestreos, *para ellas*, en diferentes poblaciones nacionales.

Rokkan ve, en esos desarrollos, promesas considerables. Sin embargo, pone en guardia en contra del peligro que corren los entusiastas en su apresuramiento por alimentar a las computadoras con datos *que no han sido evaluados* y que proceden de una gran variedad de países [ya que] puede producir enormes insensateces numerológicas, contra las que es necesario preservarse a través de contactos íntimos con informantes y expertos locales.

Por otra parte, es indispensable que los bancos de datos se construyan, también, con la debida parsimonia; que se delimite convenientemente la gama de variables que han de cubrir, y se exa-

minen las posibilidades de combinación de las mismas, para que éstas puedan llegar a ser precisamente aquellas que pueden resultar indispensables en cualquier estudio futuro.

Hacer comparaciones muy extensas, puede resultar excesivo y perjudicial, según lo revelan algunos comentarios del autor pues, en efecto, “es mejor limitarse a poblaciones que ocupan el mismo nivel de urbanización” o, en general, parecidos niveles de desarrollo. Una metodología como la que puede delinear un somero conocimiento de los métodos de Mill, nos induce a proponer un proceso comparativo *expandente*. De acuerdo con el mismo, se puede empezar por comparar países que coincidan en todo, excepto unas *pocas* variables significativas para la investigación de que se trate; en incluir, de modo progresivo otros países que difieran en *otras pocas*; en comparar entre sí dos grupos que difieran entre sí menos de los que difieren entre sí los países de cada grupo. Como es fácil comprender, una metodología como ésta no está lejos de la conceptualización (más que de la técnica) propia del “análisis de la variancia”.

El proceso anterior, primero limitado y después *expandente*, se inspira —como es natural en nosotros— en la experiencia de la lingüística comparativa. Ésta *no* se lanza a hacer un amasijo informe con todas las lenguas del mundo: las compara por grupos (las indoeuropeas entre sí, las ugrofinesas entre sí, la yuto-aztecas entre sí, las mayances entre sí) y sólo después intenta comparaciones de segundo orden, entre esos grupos. Esas comparaciones —con todo— pueden y deben afinarse mediante comparaciones locales, bien delimitadas, entre dos o más idiomas de dos o más grupos, y en relación con aspectos idiomáticos (o sociales) específicos.

Allardt señala que el problema inicial del comparatista —como el del científico, en general— no es un dilema (optar

por simplificar o no la realidad) sino una selección de uno entre muchos niveles de posible simplificación (de un "grado de abstracción" diría Korbzyski). Observa, además, que de hecho —en cuanto se han realizado sin acuerdo previo— diferentes estudios se aceptan diferentes grados de simplificación, y que es ésta la primera dificultad de las comparaciones. Y, según sea el nivel de simplificación, serán unas u otras las variables en que se base la comparación.

Esas variables básicas que hay que estudiar como elementos diferenciales operan tanto en la comparación entre diversas sociedades como en la que —de acuerdo con Allardt— se haga entre las diversas partes de una sociedad.

El sociólogo finlandés indica que, en esas comparaciones, se usa mucho el *postulado (nota bene)* de que las variables estructurales *tienden* (somos nosotros quienes subrayamos) a correlacionarse entre sí (y no como dice simplemente el autor, "se correlacionan entre sí"), y que, por ello, "resulta natural" —según sus palabras— el que se trate de explicar la variación en muchas de las variables observadas por la variación de muchas de las no observadas ni medidas.

Esa naturalidad con que se acepta el postulado es escandalosa, en tanto no se critica y pone a prueba el postulado mismo. Es cierto que, como nos enseñó a decir Platón —antes que todos los estructurofuncionalistas— puede afirmarse que una sociedad no es buena si no tiene buena música (aunque, para él, *μουσική* tenía significación diferente de la que tiene, para nosotros, la forma lingüística "música"); pero, eso, que podía ser cierto para una sociedad como la griega (en la que no había aún una diferenciación sectorial y, menos aún, rezaño de unas en relación con otras partes de la cultura) no puede aplicarse, sin especificaciones, a las sociedades modernas.

Correlación entre todos los aspectos de la vida social la hay en todas las socie-

dades. Pero quienes suelen afirmarlo yerran por no ser específicos; por olvidar que "correlación" puede haberla en diferentes grados: que la hay perfecta (isomorfismo): que la hay imperfecta, y que la imperfecta presenta toda una serie de niveles de "imperfección". Olvidan, también, que en sociología se reconocen sociedades altamente integradas y estabilizadas en las que la correlación entre todos los aspectos es prácticamente perfecta, y que existen otras (no más dinámicas sino de dinamismos menos acordados) que no muestran ni remotamente esa alta correlación. O sea, que para que el postulado funcionase —y esto lo olvidan particularmente, en su etnocentrismo, los sociólogos europeos y estadounidenses, que piensan poco en las condiciones de los países del "Tercer Mundo"—, se necesitaría que, de nuevo, en *lo inicial*, las comparaciones se estableciesen sólo entre aquellas sociedades en las que la correlación intersectorial es del mismo orden de magnitud. Sin ello, las variaciones observadas pueden explicarse, tanto en función de las variables no observadas, como en términos de la fantasmal y descuidada diferencia en el grado de correlación entre ellas y las observadas.

Como se puede anticipar fácilmente, una investigación complementaria —metodológicamente importante— sería la que tomara sociedades de diferente grado de correlación intersectorial, a fin de observar la repercusión de esas diferencias en determinados fenómenos sociales comunes a todas. Sólo más tarde se podría enfrentar la tarea más compleja de examinar los efectos conjuntos de las dos grandes fuentes de variabilidad.

Como Allardt reconoce, la aplicación del análisis multivariado, estadístico, no redunda mucho en beneficio de un aislamiento de las variables estructurales básicas. En la práctica se sigue recurriendo —en efecto— a la especulación teórica, y a la construcción tipológica ilustrada por

Durkheim y Tönnies. A quienes se impacienten por esta lenta aplicación de técnicas más refinadas habría que recordarles —con Whitehead— que éste ha sido el camino que ha seguido la ciencia, incluso física: que se comienza por clasificar y tipificar, y que *sólo después* se inicia la medición. Y todavía se necesitaría agregar que la ciencia física tiene una historia por lo menos diez veces más larga que la social...

Allardt ve —con acierto— que una de las dificultades del comparatista ha consistido, justamente, en querer pasar de una etapa a otra con demasiado apremio. Si no se salva el golfo que separa a la riqueza de datos (correspondiente a una complejidad parecida de la realidad social), por una parte, de la pobreza relativa de las clasificaciones y tipologías sociológicas —por otra— poco fruto se recogerá de estos intentos. O sea, que si bien es cierto que, como él dice, hay que simplificar considerablemente —utilizando sólo los datos más importantes, entre los disponibles, sacrificando riquezas y potencialidades irrealizables— también es verdad que, aunque no lo diga, lo que se necesita es *no ya acumular* datos, *sino construir* teorías más elaboradas, capaces de abarcarlos mejor.

En un cursillo de Estadística Política, dictado por quien escribe (en la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales, cuando era director de la misma Pablo González Casanova) hicimos notar esa necesidad; la de aproximar en forma progresiva y convergente, la teoría sociológica y la técnica estadística, la técnica estadística y los recuentos censales; la de establecer un diálogo y unas relaciones dialécticas entre ellas, como las que se traslucen en la comunicación que reñamos.

En la obtención del conjunto de dimensiones básicas, no basta el análisis factorial estadístico (que, según Blacklock, es limitado, es una utilización en términos causales) pues el “para qué” de la investigación a que se refiere

Allardt, y que debe ser la guía para la misma, ha de proporcionarlo la teoría sociológica. Su prescripción anda por el rumbo de las de Weber; hay que construir un modelo, confrontarlo con la realidad, ajustar el modelo, volver a confrontar el modelo ajustado, etcétera.

En concreto, Allardt exploró la posibilidad de crear un modelo estructural simple y lo aplicó en algunas de sus investigaciones en Finlandia. El servicio que los cuadros de doble entrada están rindiendo a la sociología en estos años (un poco a partir de los éxitos meritonianos) se vuelve a observar aquí. Allardt usa uno, en cuya horizontal registra los grados de división laboral (dicotomía “bajo-alto”) mientras en la vertical aparece la “presión hacia la uniformidad” (dicotomía “fuerte-débil”). Como él reconoce, el resultado corresponde bien con las ideas durkheimianas sobre la solidaridad orgánica y solidaridad mecánica.

Más que la aportación concreta de Allardt en sus estudios finlandeses, y más que el mismo instrumento técnico representado por ese cuadro de 2 x 2, nos interesa la parte más concretamente metodológica de su comunicación. Ésta puede resultar fundamental cuando se intente la difícil, pero necesaria conexión entre la micro y la macrosociología. De ahí que prefiramos la transcripción extensa y literal:

Aunque el modelo es... simple, explica algunos resultados contradictorios. La investigación de los pequeños grupos, ha mostrado que la cohesión grupal aumenta cuando aumenta la presión hacia la uniformidad. Ésta es la deducción de la teoría de las comparaciones sociales de Festinger. Por otro lado, en la sociología política, muchos resultados apuntan en sentido contrario. En las sociedades industriales, la solidaridad tiende a aumentar y la probabilidad de los conflictos de legitimidad tiende a dis-

minuir cuando aumenta la presión cruzada y la presión hacia la uniformidad disminuye. El modelo sugiere una solución sencilla: *los investigadores de los pequeños grupos han estudiado grupos indiferenciados, mientras que los sociólogos de lo político han investigado sistemas sociales altamente diferenciados.*

La observación —tan simple en apariencia— subrayada por nosotros nos parece que puede llegar a ser básica para una auténtica integración sociológica futura. Puede hacer más concreta la posibilidad de pasar de la micro a la macrosociología por procesos análogos a los de “integración” y “derivación” matemáticas, que tienta al investigador descubrir.

Eisenstadt comienza por hacer un inventario de los tipos de análisis comparativo: todos ellos muestran semejanzas y diferencias en contextos sociales diferentes o parecidos, y comprenden:

- 1º los que las muestran en los patrones de conducta,
- 2º los que las muestran en relación con tipos de personalidad, motivación y actitud,
- 3º los que lo hacen respecto de los tipos de organización (burocrática, por ejemplo),
- 4º los referentes a las instituciones,
- 5º los que comparan sociedades totales.

La comparación de las sociedades totales es la que interesa a Eisenstadt. Ésta se ha hecho a base de los tipos principales de instituciones y orientaciones culturales.

Él encuentra una convergencia teórico-metodológica de selección de problemas y construcción de tipologías (la primera, más flexible y concreta, la segunda más rígida y abstracta). La construcción tipológica ha variado —en efecto— con

los intereses sociales concretos; así, ha habido por lo menos tres enfoques: (i) el relacionado con la complejidad institucional; (ii) el referido a las orientaciones valorativas que conglomeran las instituciones y (iii) el relacionado con los mecanismos reguladores y los marcos de integración, funcionamiento y cambio.

La problemática de esa tipificación de fines comparativos está constituida por: la elección de unidades, la construcción de índices para comparar variables; la comparabilidad de unas y otras, y las delimitaciones muestrales. Estas últimas surgen como problemas en cuanto hay, en el mundo, sólo un número corto de unidades de muestreo (naciones, por ejemplo) y en cuanto —creemos que hay que agregar— a más de ser pocas, muestran gran variabilidad (por lo menos, en la primera aproximación).

Pero más que en cómo construir los tipos, el problema consiste en determinar si es útil o no construirlos. Para Eisenstadt, un tipo es útil si los rasgos comunes son importantes para entender su funcionamiento, y si —por su intermedio— se pueden especificar las *condiciones sociales* del mismo, y su *cambio*.

En concreto, debe determinarse, por ejemplo, si un tipo especial de institución económica acompaña siempre a un tipo particular de institución político-religiosa y viceversa (lo cual, en términos más simples, equivale a algún comentario nuestro sobre la aportación de Allardt). Esa coexistencia no es, por otra parte, ilimitada pues —como dice Eisenstadt— ciertas instituciones económicas proscriben ciertas instituciones religiosas, y algunas —religiosas— imposibilitan la aparición de algunas económicas.

También indica el sociólogo israelita que algunas dificultades y problemas de análisis (importantes) surgen cuando no se trata ya sólo de covariabilidad (“sincrónica” según diríamos nosotros) sino de transformación (o covariabilidad más

o menos grande y defasada, a la que nosotros gustosamente calificaríamos de "diacrónica").

En esta conexión, importa indicar: cómo se desarrollan ciertos tipos de necesidad; cuáles son los marcos y recursos que posibilitan o imposibilitan ciertos tipos de organización (lo cual evoca el durkheimiano ayuntamiento de lo necesario y lo posible para producir lo real de las instituciones sociales), y el grado en que hay quienes pueden y quieren invertir recursos en la satisfacción de necesidades y deseos (por donde se trasluce la figura del "emprendedor", más amplia que la del "empresario" en sentido estricto).

En un párrafo de su comunicación, se resume bastante bien el pensamiento de Eisenstadt:

Sólo con la yuxtaposición de la covariabilidad de diferentes tipos institucionales, las condiciones de desarrollo y continuidad de tales tipos y el sitio de los grupos emprendedores en la cristalización de los marcos institucionales puede proporcionar el análisis comparativo de las sociedades totales algunos vislumbres sobre las condiciones y capacidad de transformación de los sistemas sociales.

Eisenstadt ilustra sus aportaciones con el estudio de la moderación y de las condiciones que facilitan o impiden el desarrollo de sistemas modernos; lo que vale tanto como decir que estudia la viabilidad de dichos sistemas sociales modernos.

Marsh —finalmente— considera que su aportación es un reclamo en favor de una unificación de la sociología y de la antropología social, dentro de la sociología comparativa. A ésta la concibe como comparación sistemática entre dos o más sociedades, independientemente de que éstas sean "primitivas, históricas o contemporáneas" (de acuerdo con adjetivaciones desafortunadas, que podrían substituirse por un "independientemente de su etapa

histórica, su grado de integración social o su nivel cultural"). Para evitar un crecimiento anárquico y empiricista, Marsh subraya la necesidad de utilizar un esquema. Tras examinar los de Radcliffe-Brown, los neoestructuralistas y neoevolucionistas y encontrarlos inadecuados, busca uno propio.

Los requisitos del esquema que se necesita, son, según él: que, por su aliento, sea mundial (aunque se concentre, sobre todo, en las comparaciones zonales); que, en cuanto a variables, se desplace del sistema nominal y binario, al ordinal e intervalar; que, en sus proposiciones sea operativo; que explique, en términos de modelos de causalidad e interdependencia y no sólo en función de los que sean puramente lógicamente significativos; que (de nuevo la sombra de Durkheim) las explicaciones se hagan primordialmente en función de lo social, y —sólo después— en términos sociológicos, culturales, etcétera, y que se basen en un entendimiento cabal de las situaciones (logrado por una consulta, lo más amplia posible, de las fuentes).

Marsh identifica cuatro situaciones posibles en el análisis comparativo:

- 1ª Cuando las sociedades comparadas son similares en grado de diferenciación y los fenómenos que hay que explicar no varían entre ellas, habla de "réplica"
- 2ª cuando las sociedades comparadas difieren en grado de diferenciación y los fenómenos por explicar no varían entre las sociedades, habla de "generalización universal"
- 3ª cuando las sociedades difieren y los fenómenos por explicar varían entre las sociedades y de acuerdo con el grado de diferenciación, se refiere a una "generalización contingente"
- 4ª cuando:
 - a. las sociedades comparadas son similares en su diferenciación y

los fenómenos por explicar varían entre la sociedad y por tanto, con independencia de las sociedades,

- b. las sociedades difieren en grado de diferenciación y los fenómenos varían entre las sociedades, pero varían con independencia del grado de diferenciación, habla de dos subtipos de "especificación".

Como puede observarse, si el interés por la investigación comparativa se sostiene en un nivel adecuado, y si no hay exceso de entusiasmo o de apremio, una discusión de estas aportaciones, su ordenación, su sistematización y su conexión coherente y unitaria, pueden sentar las bases para que la sociología realice, al fin, investigaciones verdaderamente fructíferas y sostenidas.

Oscar Uribe Villegas

Katz Friedrich. *Situación social y económica de los aztecas durante los siglos XV y XVI*. Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México. 1966.

En la advertencia introductoria, el autor hace la aclaración de que cuando se publicó la primera edición alemana de esta obra, en Berlín el año de 1956, la concepción de Bandelier, acerca de la organización social azteca —de carácter gentilicio exogámico estaba ampliamente aceptada, a pesar de que ya existían diversas obras de Alfonso Caso, Paul Kirchhoff, Manuel Moreno que enjuiciaban esas ideas.

Actualmente la refutación a las teorías de Bandelier a ese respecto, es universalmente aceptada, y se discuten ahora otros aspectos como: la posibilidad de encerrar la organización azteca dentro de un marco evolucionista o de establecer paralelos entre la sociedad azteca y las del Viejo Mundo; también se discuten

las metas que perseguía esa sociedad y el grado de consolidación y expansión, o bien la desintegración que se observaba en ella.

Katz analiza dos tendencias que se observan en la dinámica cultural tenochca, una hacia la desintegración y otra en el sentido de la centralización.

Señala como causas fundamentales de la tendencia desintegrativa, las contradicciones que ocurrían en el seno mismo del imperio azteca, los conflictos suscitados entre los pueblos que constituían la Triple Alianza y, las tensiones con los grupos sometidos; así como la intensa lucha de clases.

Opina el autor, que la tendencia centralizadora era la "más fuerte" y característica de la cultura azteca; estima que, a la llegada de los españoles esa tendencia tenía como soportes las conquistas militares, el considerable aumento de la supremacía de la autoridad central, representada por el *Tlatoani*, sobre las tres clases sociales.

Expone un análisis de las fuentes históricas consultadas, a partir de los códices, incluyendo las Crónicas de la Conquista hasta llegar a los estudios socioeconómicos de la sociedad azteca —verdaderas primicias de una Sociología de las Culturas Indígenas que ahora van tomando cuerpo— de los cuales los pioneros son los cuatro volúmenes publicados entre 1876 y 1879, por Adolph F. Bandelier discípulo de Lewis H. Morgan, de quien tomó las directrices evolucionistas.

Katz anuncia su propósito de superar dos deficiencias que ha observado en la generalidad de la bibliografía consultada: el apego a un criterio aislacionista, en las dimensiones social y temporal al estudiar la organización social azteca.

En la dimensión social, las fuentes, desligan al pueblo nahua de la sociedad global de su tiempo y, en la temporal, olvidan "el sentido de continuidad histórica" de la vida social al analizar contextos culturales como, tenencia de la